



HUMBERTO FIERRO

EL LAUD EN EL VALLE

ILUSTRACIONES DEL AUTOR

Ediciones Casa de la Cultura Ecuatoriana

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

HUMBERTO FIERRO

EL LAUD EN EL VALLE

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
NO. 7833	ABO 1991
PRECIO	DONACION



Casa de la Cultura Ecuatoriana

Quito
1950

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

PROLOGO DE
HUGO ALEMAN

Humberto Fierro:

EPILOGO DE UNA AGONIOSA TRILOGIA

Al finalizar la primera década de este siglo, la melancolía se cuela tenuemente, como una llovizna imperceptible, sobre la caprichosa topografía de Quito. Un halo de romanticismo circuye el espíritu de sus habitantes. La vida no se mueve al compás de acelerados propósitos...

La poesía ocupa un elevado sitio. Y quienes la cultivan merecen cierta generalizada simpatía. El morbo del utilitarismo no camina suelto por las retorcidas callejas de la ciudad, ni constituye la codiciada meta de los hombres.

Todo invita a las cordiales disciplinas de querer, de sentir y de pensar.



El ambiente es propicio a la meditación y al sueño. Humberto Fierro, desde la adolescencia, se siente ya atraído por el sortilegio de los libros. Es casi una obsesión que le obliga a sumergir su pensamiento en el ilimitado y no siempre tranquilo mar de las lecturas.

La mirada del poeta recorre, en incesante investigación, las edades del mundo. Estas se presentan con absoluta fidelidad, con diáfana exactitud. No ha llegado a desfigurarlas la versión antojadiza, fijada en el celuloide moderno, que adultera el significado de los hechos con truculentas deformaciones, en insaciable logro de mercados. No. Es la sugerencia abierta ampliamente al penetrante análisis del espíritu. Y si éste se aproxima a los repositorios del arte, dedica su más honda labor a extraer las sutiles esencias de la armonía. No importa que queden, junto a un minuto de éxtasis, un largo período de meditaciones en la mente y una cadena de sollozos en el corazón. No importa, tampoco, que sea un épico resonar de trompetas o las inefables languideces de una rapsodia, lo que haga vibrar la sensibilidad del poeta. En todo ritmo hay emociones de color. En toda flor hay oleajes de cadencias.



Al risueño paisaje de la adolescencia, estremecido de inquietudes que definen ya el camino del hombre, le sustituye otro escenario, quizá más sugestivo, pero lleno también de severa responsabilidad, en el que está viviente y exultante el intento creador, el inexcusable deseo de escribir. Y para satisfacerlos, Fierro no necesita recurrir a las "agotantes búsquedas de tono y de color". La virtualidad del verso está en sí mismo. Lo envuelve íntegramente. Por eso, su poesía es su vida. Obra plena de ingrátida belleza.

Como en Borja y en Noboa Caamaño —cuya fraternidad lírica con el autor de "EL LAUD EN EL VALLE" rozaré ligeramente— ejercieron acentuada e inocultable influencia los poetas simbolistas de Fran-

cia, predilección que los condujo dócilmente hasta la alcoba de los paraísos artificiales, a la cual nunca penetró Humberto Fierro, puede asegurarse que en éste fue marcado y poderoso el culto hacia célebres e inmortales autores de diversa procedencia, entre los cuales cabe mencionar a Hugo, Byron, Musset, Leopardi, Heine: la flor y nata del romanticismo.

Fierro alcanzó una sólida cultura literaria. Las letras universales no le fueron desconocidas. Apreció las excelencias de las grandes creaciones del intelecto, desde Homero hasta Darío. Pero un motivo predominó en su obra: el recuerdo de épocas galantes. Por eso, su imaginación penetra a menudo en la profundidad de siglos pretéritos. Hinchados de gravedad hierática. Hartos de genuflexas contorsiones.

Evoca la silueta de legendarios castillos medievales. Los estratégicos puentes levadizos. El paso leve y el atavío vaporoso de las marquesitas de antaño. Los errabundos trovadores, fáciles juguetes del capricho de alguna dama nostálgica. Las correrías cinegéticas, en procura de minutos emocionales, capaces de relegar a último término la murria de cualquier neurasténico señor feudal. En la exhumación de esta jarcia de fantasiosos motivos se detiene el pensamiento del poeta. De allí emanan delicadas estrofas que armonizan con la hidalguía cabal de otras edades. "Discreto y altivo, sólo ve, como Schiller y Carducci, la belleza en el pasado o en el ensueño".



Fierro fué, sin lugar a duda, el primero que se lanzó por los caminos de la renovación poética en estas latitudes. En su obra hay "elegancia. Ritmo interior. Sabiduría de las palabras para hacer de ellas vehículos,

más que de literalidad, de sugerencias. . ." anota Benjamín Carrión, uno de los más autorizados críticos literarios del Ecuador. Un soneto de Fierro, publicado en un matutino de Quito, allá por 1909 o 1910, produjo una fuerte emoción en Arturo Borja, al extremo de decidirle a buscar la amistad de Fierro. Y el camino mejor fué el de aprenderse de memoria aquel poema, recitarlo a su autor aquella misma tarde, y estrechar afectuosamente su mano. Así se conocieron estos dos poetas, en un día no precisado. Tampoco puede ser remarcada en el tiempo la fecha inicial de la amistad con Ernesto Noboa Caamaño. Pero sí ha quedado a salvo del olvido y de la duda, la tersa, la inalterable, la indestructible fraternidad lírica que unió a esas tres almas, estremecidas de inquietud por lo angustioso y lo sublime.



Poeta del dolor elegante fué llamado Humberto Fierro. Y en verdad tuvo siempre un alto sentido y una elevada expresión para todas las vicisitudes de la vida. Cuando algún íntimo sufrimiento desgarraba su corazón, tierno de mansedumbre, procuraba alejarse de los seres y de las cosas que motivaban sus quebrantos. Tal vez por eso fué —excepto muy cortas temporadas de su existencia— un exilado voluntario en los ámbitos apacibles de un distante cortijo, de un encantado remanso de soledad amiga. Desde aquel recodo eglógico lanzó el eco de su voz y de su verso a la inmensidad del espacio, al embrujo feliz de los crepúsculos. Porque Fierro fue un amante del ángelus vespertino. El mismo, alguna vez, supo decir: "tengo la obsesión de los crepúsculos. En mis poemas siempre hay un ocaso que rima armoniosamente con mi alma".

Aquella sensación de plenitud, desprendida de los atardeceres, la posesión de aquel retiro silencioso, limpio de la balumba reinante en la ciudad, le hacían olvidar el mundo externo, descubrir un universo propio en la intimidad de sus pensamientos, tan alejados de la hósca realidad humana y tan cerca de los sueños lejanos. . . . Dentro de aquella atmósfera clara y sosegada, estimaría la soledad como un tesoro. Y esta certidumbre se plasmaría en un verso rico de musicalidad y no exento de melancólica convicción:

Qué fino entre los bienes es el aislamiento.

Este solo verso explica, en sincera confesión, su esquiva presencia en la ciudad, su premeditado extrañamiento de los hombres; esa especie de repulsión a la sociedad, a esa sociedad aristócrata y trivial, tan orgullosa de sus atributos: —abolengo y fortuna—, a la que perteneciera; pero de la que siempre quiso estar retraído, obstinadamente alejado.

Fierro amaba la tristeza. Y algún día llegó a decir que sin ella no puede haber belleza. Pero su tristeza tiene una expresión de extrema suavidad. No es aquella desesperada actitud, aquel dolor que serpentea como un crecido río en la poesía de Noboa Caamaño y de Borja. Es, más bien, una leve melancolía que, a no dudarlo, le proporciona cierto gozo y que satura sus versos de una lánguida satisfacción.

▲

Para Humberto Fierro el tiempo tiene un valor simbólico enorme. Transcurre, acaso, voluptuosamen-



te. Porque sus horas se llenan de un extraño placer contemplativo. La Naturaleza le brinda la variedad de su hermosura. Desde el versátil vuelo de una mariposa por los prados, hasta el raudo correr de una gacela entre los riscos andinos.

Para el hondo sentido poético de Fierro, la posible displicencia o desapacibilidad del tiempo, no mereció imprecación alguna, ni siquiera un inútil reproche. Ciertamente que constantemente debe haber contemplado que el fantasma de las horas ahuyentaba de sus lares a las libélulas del placer; pero con cierta amable comprensión de la necesidad de días ingratos, supo sobrellevarlos, y más bien extraer de ellos una translúcida esperanza, o remarcar una consoladora evidencia:

Un solo día bueno borra los malos días.....

Cuánto convencimiento y qué delicada conformidad se encierra en este verso. Y si consideramos que no la felicidad, pero sí una alegría podemos asir para nuestra vida en un minuto venturosamente tendido a nuestro paso, bien se puede asegurar que el poeta tuvo razón, suficiente razón, para decir este verso que es realidad de la poesía y poesía de la realidad.....



Humberto Fierro cultivó y amó con dilección la música. En su espíritu hallaron eco grato las armonías que legaron a la posteridad Beethoven, Liszt, Chopin y tantos otros creadores de ritmos inefables.

Comprometió también su tiempo, con más acentuada devoción, la pintura. Sus aptitudes para el dibujo viven palpitantes en las ilustraciones que amoro-

samente trazara para la primera edición de "El Laúd en el Valle".

Y en su poesía hay signos evidentes de las más finas realizaciones estéticas.

Fierro escribió muchas y hermosas páginas en prosa. Los avatares de la suerte le impidieron coleccionarlas. Casi ninguna de ellas llegó a publicarse. Se perdieron irremediabilmente en el tráfago de los mordaces años de su vida. Igual aconteció con muchos de sus poemas, sobre todo, con los últimos que alcanzara a producir. Fué tan inesperada su definitiva ausencia, que no le dejó espacio para ordenar sus papeles. Para reveer su obra y depositarla en manos tutelares.



Puede decirse que Fierro casi desconocía la ciudad. No su conjunto decorativo; no su estructura física, sino el misterioso dédalo de su complicada constitución ética. Los ensombrecidos atajos de los placeres. Las innumerables hoyancas de las pasiones.

El poeta había invertido sus horas en el claro ejercicio del pensamiento puro. El silencio, los jardines y el cielo sin recortes le habían sido familiares. La Naturaleza, en magnífica plenitud, se había entregado a la inquieta sonoridad de su espíritu.

El conocía los surcos de la alegría y la tristeza, en sus formas más nítidas. Sabía de su sabor exacto en la alquitarada destilación de los libros. Las comprendía sólo en la transparente realidad de su esencia.

Así, no pudo esquivar las tentaciones de la urbe. Cuando se acercó a ella se sintió prisionero en la red de sensaciones inéditas. Quiso experimentar en carne propia las interesadas ternuras y los agravios humanos.

En determinada época, el vértigo del mundo lo envolvió en sus caprichos. Toda su vida de ermitaño se vió de repente atrapada por el ciclón de las pasiones. El, hombre que poseía reservas espirituales inmensas, cuando tuvo en sus manos el oro que franquea todas las puertas terrenales, con sibarita curiosidad penetró a las trastiendas del pecado, del desorden y de la extravagancia. Y salió con el ánimo deprimido. Con una carga de innúmeros dolores. Lleno de una incurable pesadumbre.

Retornó a su habitual aislamiento. Después de algunos años, el poeta hizo su reaparición por las calles de la ciudad. Invariablemente solo. El sonsonete de la fraseología burocrática, oxidaba el fino metal de su canto. Desempeñaba un empleo secundario en un Ministerio.

En aquel tiempo, tras reiteradas insinuaciones, llegó a formar filas junto a los escritores y artistas que, en amable paréntesis de bohemia, irrumpían por las noches en laberínticos refugios. Aún no había desaparecido esa transitoria etapa jubilosa, cuando la muerte desprendió de aquel retablo su presencia humana, en un día fatalmente memorable: 26 de agosto de 1929.

Así se esfumó la escurridiza sombra material de uno de los más depurados poetas del Ecuador, el último eslabón de aquella dramática trilogía. El que plasmara en el mármol heleno de su estilo una obra de ilimitada resonancia. El que captara músicas de impecable selección para sus partituras líricas. El que, simbólico y elegante en su dolor, anduviera por los senderos de todos los amores y devorara infinidad de libros. El que sólo alcanzara a encontrar la fortuna sin ventura y el remedio melancólico de la "non curanza".



Carta

Te ofrezco estas baladas. Yo sé que cuando un día
Paseas por el valle gentil como Lucía
De Lammermoor, recuerdas versos sentimentales
Como en las buenas tardes de fiestas musicales
Que perfumaba Abril los pífanos de oro;
Y pues que tu amistad es de un beleño moro,
Quisiera complacerte lo mismo que el silvano
Que toca en las vendimias un aire siciliano.
Aquí te repetía que el mejor bien del suelo
Es una puerta al valle y un piano sin consuelo;
Aquí dice el coloquio del manantial y el viento
Qué fino entre los bienes es el aislamiento
Donde Musset cantara, Balzac escrito hubiera
Una novela íntima de amor y de quimera.
La nieve de los montes, el fresno y el aliso,
Hacen deste paraje risueño un Paraíso,
Y mucho he recordado el tiempo veleidoso

Que no envidiaba nada del Rhin ni del Toboso.
Pero aunque el dolor viejo, la mal cerrada herida,
Sangra en los intormezzos amables de la vida;
Aunque de mis quimeras y mis felicidades
Me queda en el laúd el son de las saudades,
¡Un sólo día bueno borra los malos días
Dejando el oro nítido de las melancolías...
Ahora que el poema silvestre de la infancia
Viene empalidecido de tonos de distancia,
Y que con su silencio me habla a su dulce modo
Tu casa solariega tallada por el godo,
Te ofrezco este capricho como una flor de espino
Cogida entre las flores humildes del camino.
Presentes en mi alma las rosas de alegría,
Tu delicado acento tiene la melodía
Que hace danzar los silfos bajo el frescor del haya.
Y el corazón dispone para la ciencia gaya.
Quizás hoy como entonces te guste algún capítulo
O un poema breve, escritos sólo a título
De haber amado un tanto la vida y el detalle.
Imaginate sólo que es un sueño en el valle.



Romance de cacería

La tarde muerta

Se moría la tarde rosa
De una Primavera lejana,
Desmayándose temblorosa
En los vidrios de mi ventana.

Por mi alcoba cerrada al huerto
Y a la carretera tan larga,
Pasaba el minuto desierto
Con una lentitud amarga,

Ya del sol no quedaba ni una
Mancha de oro en el infinito.
Yo no he visto cosa ninguna
Más triste que ese azul marchito.

Tanto tiempo! dije, hace tanto
Que declinó esta tarde mustia
Con un helado desencanto
Y aromada de vieja angustia,

Delante de los callejones
Bordados de ramas gentiles
Al rimar mis desolaciones
Bajo mis canas infantiles!...

Oh, la sentimental pobreza
De los que ni una flor cortamos,
Porque fué hostil la maleza
Para la prisa que llevamos!...

De los romeros taciturnos
Que fuimos desdeñando todo,
Llenos de los cielos nocturnos
Que mienten astros en el lodo!

Caminos tiene el alma!... ¿Fuimos
Quizás en busca de un remedio...?
Siempre asolados nos rendimos
Ante las llanuras del tedio...

Y después de soñar ilusos
Que el término no estaba lejos,
Nos despertamos muy confusos
Porque nos encontramos viejos

Ah, quién mirara la dulzura
Del crepúsculo, adolescente,
O abriera a la mañana pura
Los ojos de un convalesciente!

Y la negra ramazón viva
De los árboles centenarios
Se inclinó, como pensativa
En mis recuerdos solitarios,

Con un son de manantial de agua
Que sigue goteando la pena
De la ilusión que arde en la fragua
De una tarde lenta y serena...

Rondó galante

Tus pupilas me recuerdan esas mañanas tranquilas
Que hacen pensar en el valle primaveral del Edén.
Tus ojeras me recuerdan el perfume de las lilas
Y los vales de Chopin...

Siempre tendrás el encanto de una heroína de Poe
en el platino de una velada sentimental,
Cuando tus manos divinas loe el laúd y el oboe
Como en el tiempo feudal.

Por la esmeralda apacible de un retiro que te nombra
Paseas como Malvina por el poema de Ossian,
Los almendros florecidos te dan la mullida alfombra
De las hurís del Korán.

Los lirios del monte riman con tu frente sin perfidias
Cuando sales a caballo como la hija de Thor,
Y son tus labios sinuosos como trazados por Fidias
Una romántica flor.

Balada de la noche

Los mundos que en lo infinito
Graban como caracteres
Luminosos, de la noche
La poesía solemne;
Las montañas mayestáticas
Cubiertas de hielo siempre,
Como aras de la luna
Que eleva el Omnipotente;
Los mares que en los peñascos
Rompen en salvas perennes,
Y explayan desde los siglos
Sus olas que mansas duermen:
Los abrasados desiertos
Que cruza el león rugiente,
Sobre civilizaciones
Que descansan en la muerte;
Los países populosos
De los Papas y los reyes;

Las comarcas de las selvas
Y las regiones de nieve;
Todo el Cosmos es la patria
Sin límites y solemne,
Como barca vagabunda
De un disperso continente.



Thulé

Era un aldea agreste de frondas rumorosas
Que evocaba paisajes de la época que fué,
De los de la Edad Media sombría de Doré
Caros a los poetas de fibras dolorosas.

Las lomas erizadas de ramas olorosas
Le daban el aspecto de una triste Thulé,
Donde yo pasaba pensando en Ananké
A tiempo que el Ocaso se desangraba en rosas...

Su lago tenebroso... su templo que fingía
Ser obra de los gnomos antiguos de la umbría
Y ya era como un templo que abandonó el amor!...

Faltaba quizá amantes que alegren esa calma,
Pero en aquellos días no había allí ni un alma
Y sólo yo pasaba a solas mi dolor.

Las copas del estío.

Las copas del Estío no ofrecen una esencia
Que calme como tú la sed de la delicia.
Como un olor de rosas encanta la caricia
De tus queridos ojos de oscuridad de ausencia...

La alegría que sientes es la alegría mía
Y las tristezas mías en tí son tan frecuentes,
Que el estribillo eterno de mi melancolía
Es ver que estamos juntos y estamos siempre ausentes..

Y pensar que jamás recordarás mi vida
Que de una saudade sin nombre estás llenando!...
Pensar que te encontré por pasear mi herida
En una tarde triste que se iba deshojando!...

Sueño de arte

Blanca estela dejaba el cisne blanco
En las mágicas aguas azuladas
Y en gallardas y suaves balanceadas
Me mostraba la seda de su flanco.

Desde el césped frondoso de mi banco
A la Milo de mármol enlazadas
Trepaban las volubles lanceoladas
A ocultar el divino brazo manco.

Armoniosa la tarde descendía
Parpadeando su luz con agonía.
Ya la estrella de Venus fulguraba.

Y mirando unas flores abstraído
De repente salté muy sorprendido:
Impaciente Pegaso ya piafaba.

A Clori

Para que sepas, Clori, los dolores
Que tus ojos divinos me han causado,
Dejo escrito en el álamo agobiado
Del valle de las fuentes y las flores.

Ni en las églogas tienen los pastores
Una amada que más hayan soñado,
Ni Paolo a Francesca ha contemplado
Bajo lunas más nítidas de amores.

Y así fuera en tu espíritu querido
La Pluvia que Danae recibiere,
O muriendo como Aty's en olvido

O triste como Sísifo estuviere,
Te diré con mis versos al oído
El Amor es un dios y nunca muere.

Romance de cacería

Repetido por los montes
Alegremente, rompía
Un perfume de romeros
El cuerno de cacería.
Horadando la maleza
Se dispersó la jauría;
Y con sus galas silvestres
Primavera sonreía
Al paso de los monteros,
La condesita María,
Y Tristán que diera el alma
Por hacerle compañía.

En las veladas de Invierno
Cuando la racha gemía,
La castellana nostálgica
Junto a la estufa le oía,
Como un glosario galante,
Leyendas de cacería.

Viendo lucir los carbones
Pensaba en la pedrería
De los saraos de Mayo,
Mientras Tristán le leía
Y en la butaca antañosa
La buena abuela dormía.

Lo mismo que en el Mil y Una
Dorada de mediodía,
El romance de las breñas
El agua clara decía.
Esperaban los hidalgos
Una pieza de valía;
Pero ni negra ni blanca
La gama no aparecía.
Y solamente el sisonte
Del corazón de la umbría,
Como una flauta monótona
Cantaba al astro del día.

Cayendo ya una radiante
Tarde de melancolía
En una revuelta umbrosa
Que el escudero dormía,
Una águila carnícera
Sus ojos sacado había.
Bajó la gama a la fuente;
Pero la dió cobardía,
Tañendo como Roldán
El cuerno de cacería...
Entre las zarzas del monte
La gama desaparecía.

Floja de álbum

**Refiere Clío en verso leve
Como un aroma de flor de nieve,
Esta leyenda que bien valiera
Lo que un ensueño de Primavera**

Piramo siente la sed más loca
Si Tisbe entreabre su leve boca
Que tiene el tinte de una granada
En un Estío de llamarada.
Pero se opone su mútua estrella
Y sobre un brazo se apoya ella
Cual en el arco de una lira—
Mucho más bella que Deyanira,
Cuando raptarla quiso el Centauro
Que con sus besos la ciñó un lauro,—
Mientras dardando sus ígneos oros
El sol esmalta lejanos toros.
Y ambos, que Cipris anima igual,
Para avistarse bajo un moral

Cuando la luna dore el camino,
Proyectan verse tras el suburbio
Donde ruido capitolino
Va a morir turbio...

Por entre el ansa
Del jarrón dorio que se descansa
En su ventana, lleno de orquídeas,
Ve las terrazas con sus irídeas,
Y una colmena zumba estival.
Luego su hada, viéndola sola,
Llega a sumirla con su amapola
En un ensueño semideal:
Y las palomas, en rota franja,
Pasan manchando la luz naranja
Con la tristeza de un bemol:
Rauda patrulla de terciopelo
Que en la montaña busca consuelo
De los divinos ayes del sol!...

Reina la calma. No hay un ruido.
La Luna brilla sobre el sendero
Más que la fúlgida antorcha de Hero,
Cuando su amante fortalecido
Pasaba a nado el Helesponto;
Las hojas secas crujen de pronto;
El buho sale de un árbol, lento;
Suenan las ramas que agita el viento;
Caen en pétalos las rosas té,
Y ante la luna que el suelo alfombra
Una leona masca la sombra
A donde pálida llega Tisbé...

Silencio. No alza la carnicera
La hirsuta testa, ni oye ligera

La alada planta que vuelve lista
Entre el crujido de la hojarasca.
Relame el belfo, ávida masca;
Ya el viento aspira que la despista;
Ya con la Luna se puede ver:
Ensangrentada tiene la garra
Y al alejarse tiñe y desgarrar
El velo que ella dejó caer...

¿Qué piensa Píramo, copiando el susto
De Laocoónte? Ve con disgusto
El velo que alza del roto bloque:
La cree muerta, y con su estoque
Se mata al fin!

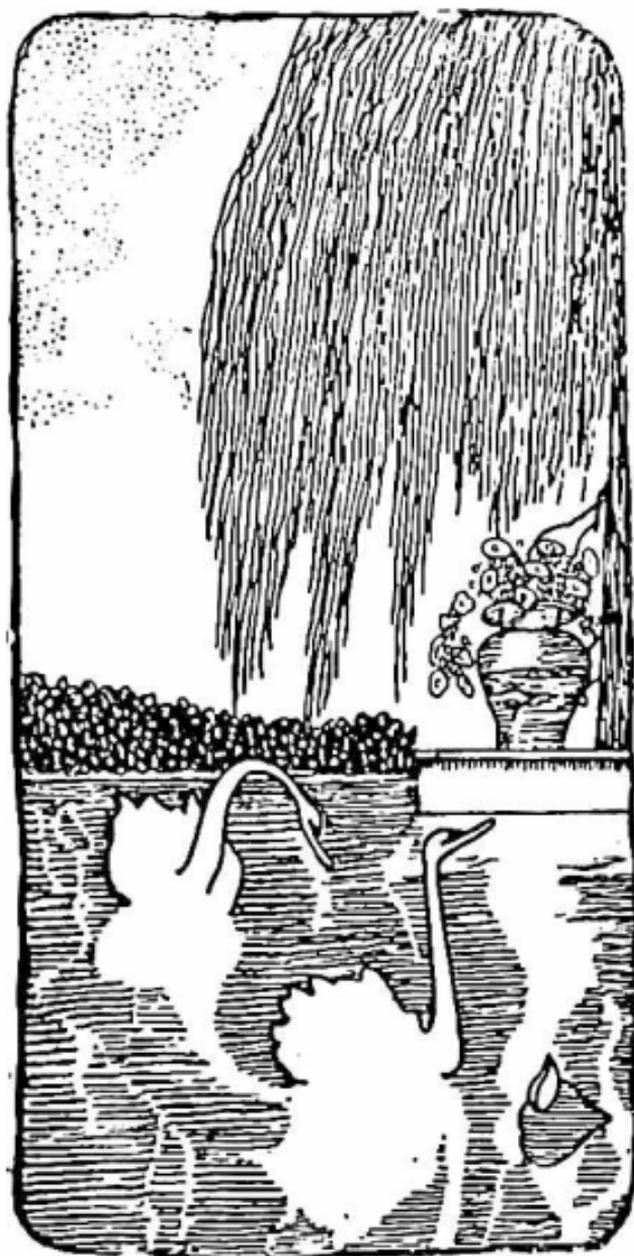
De cuando en cuando, en el confín
Revive un eco de rotas linfas
Que oyen en sueño algunas ninfas
Y Tisbe, húmeda la vestidura,
Reaparece de la espesura.
Encuentra a Píramo ya sin aliento;
Recoge el arma que enfría el viento
Y atravesándose, cae al amor
Del moral blanco que se estremece
Con la tragedia que le enrojece
Y la sordina del ruiseñor...

La tristeza del ángelus

En el puente de piedra que el musgo lento cubre
He descansado viendo que se deshoja el día,
En el puente de piedra de donde a fin de Octubre
Veíamos Ponientes de equívoca alegría.

He aguardado el Angelus que su sonrisa abría
Para Nuestra Señora la eterna Poesía.
Y he sentido el perfume silvestre, como antes
En el paisaje humilde que Millet firmaría,
Y mi corazón y mi alma delirantes
Se dan sin condiciones a la melancolía...

A la melancolía, que invita en esta hora
A oír largamente el agua y el ruiseñor que llora.



Por el estanque de los nenúfares

Por el estanque de los Nenúfares

El castillo florido
Parece el de Elsinor
Dormido
En el ocaso en flor.

Me has dado el vaso lleno
De tu mirada azul...
Y bueno
Estoy como Gazul.

Ah, si convaleciendo
Pudiera ir de mi mal,
Haciendo
Poemas de cristal,

Seguiría el palatino
Sendero de tu pie
Divino
Como el de Salomé!



Oyendo en mi paseo
Las rapsodias de Liszt,
Romeo
No fuera más feliz.

Ni tuviera esta agreste
Ansia de suspirar
Entre este
Aroma de azahar.

Pero la vida es triste...
La noche va a venir
Y el cisne
Canta para morir.

Mariposas de oro y nieve

Nacía Primavera.
La reja del Oriente
Abría dulcemente
La aurora del Amor;
Y un coro de alegría
Loaba mil detalles,
Las hijas de los valles
Y el néctar de la flor.

Se iba Primavera,
Se iba el triste Otoño
Que el último retoño
Mustiaba en el alcor;
Y las fuentes crecidas
Bajaban del Octubre
Con carcajada lúgubre
Al valle del Dolor.

Ojival

Asomada a la ojiva de su mansión de piedra
Parece la intangible que el trovador soñó.
Gacela de ojos húmedos no tiene más ternura,
Ni el alba de la vida se sonrosó más pura
Que al animar la nieve de aquella Salambó.

Pero el rastrillo no se levanta
Ni la escalera baja a los suelos,
Donde se apagan los ritornelos
Como un antorcha bajo el alúd.
Y por la senda que los rosales
Llenan de sangre y oro los lises,
Los trovadores de otros países
Pasan en vano con su laúd...

Era la Prometida de un príncipe Cruzado
Que lejos perseguía la ruta del Placer.
Y en su país de luz, como Julia Colonna
Vivía entre azahares, tejiendo una corona
Que dar al alegido romántico de ayer.

Mas sus pupilas de aguas marinas
Que dilataba de las almenas,
No distinguían sino las penas
Como los cuervos negros de Odín;
Y al fin, la Muerte besó su frente,
Besó sus ojos, su tez de Luna,
Y entregó el alma fragante en una
Melancolía de flor del Rhin...

Pensamiento

Nunca ha de ser amor el que encontremos
Después de que la vida revolvamos
De tanto rebuscar...

Amor será el que en vano rebusquemos:
El fantasma del sueño que encontramos
Un día, sin desear!

Brisa heroica

Bajando por las gradas de los Andes
Entre rocas de Cíclopes mineros,
Recordaba el honor de los guerreros
Que llenaron la historia de hechos grandes
Al desnudar los inclitos aceros.

No tuvieron las águilas alpinas
Paseo más triunfal sobre las ruinas
Y las tumbas levíticas de Europa,
Que los corceles de la invicta tropa
Que luchó en las Repúblicas latinas.

Sagradas son las cumbres y los valles
Donde se enrojecieron los detalles
Que la Fama magnífica prolonga,

Buenos para Rolando en Roncesvalles
Y dignos de Pelayo en Covadonga.

Oigamos las guerreras armonías
Que dicen al pasar de aquellos días,
Mientras huyen barridas al momento
La negra Tradición, las Tiranías,
Croando como cuervos en el viento...

Nuestra señora la luna

La luna vertía
Su color de lágrima.
Por una avenida
De espesas acacias,
Llegaba a la orilla
Del agua estancada,
La desconocida
Pareja que hablaba
De días pasados.
Una historia maga
De citas y besos,
Una historia clara
De alegres sonrisas.
Los cisnes soñaban...
 La luna vertía
 Su color de lágrima.

Hasta la avenida
De espesas acacias,
Llegaba otra noche

La voz apagada
De otra pareja.
El interrogaba;
Ella respondía...
Era una lejana
Historia de amores
Ya casi borrada,
Una historia turbia
Que tenía clara
La angustia presente.
El interrogaba...
 La luna vertía
 Su color de lágrima.

Otra vez de Luna
La avenida blanca
Estaba desierta.
No turbaba nada
El tedio infinito.
Ni la historia maga
De citas y besos,
Ni aquella lejana
Historia de amores
Ya casi borrada
Estaba desierta
La avenida blanca.
 La luna vertía
 Su color de lágrima.

Retorno

Llegó de lejano país
el compañero,
Que vimos partir del país
Un mes de Enero.

Conversa afectuoso, y está
Encanecido,
Al lado del piano, que está
Dado al olvido.

¿Por qué su sonrisa infeliz
Al sol que muere?
Nos calla que ha sido infeliz,
¿Ya no nos quiere...?

El viento deshoja el jardín
Hoy mustio y viejo,
Y él ve amarillear el jardín
En el espejo.

L'antasia en tono menor

La tarde estival se inicia
En la celeste sonata
Con sus oros y delicia
De plata.

Juega la flauta del ave
Y hace una noche importuna
O una lánguida y suave
De luna.

En sus dulzainas armónicas
Van repitiendo las brisas
Ecos vagos y sinfónicas
Sonrisas.

A la lira del Poniente
Van mil quejas en tropel
A formar rima muriente,
Cruel.

Las palomas angustiadas
Por los ayes del Ocaso,
Buscan la selva en bandadas
De raso...



Los niños

Un lucero puro en el firmamento
Es como una lágrima en nuestros cariños,
Y en el panorama de mi pensamiento
Revive el poema feliz de los niños.

De los figurines copian la manera
Y se dicen cuentos de nostalgia honda,
Y empolva los bucles de su cabellera
Una duquesita de las de la Fronda.

Y los increíbles de sortijas finas
Y las niñas juegan junto a la ventana.
Tienen en sus ojos que ven las colinas
La añoranza triste de la hermana Ana.

Alguna conseja muere en la memoria,
Pero trae el aya de nuestros infantes
La varita fina del hada ilusoria
Y se sienta en medio de los suplicantes.

Y entonces los niños se salen de dudas
Oyendo la vida de la reina mora,
Que en ese palacio de torres agudas
Unas veces canta y otras veces llora.

La tarde tranquila parece que sueña
No sé qué ternuras que nunca se ha escrito,
Y los labradores que pasan con leña
Se han de encontrar lejos con el Pulgarcito...

Y entran en el bosque frondoso y florido,
Los lebreles rusos les siguen un trecho,
Y los gnomos cuentan el oro escondido
En una caverna de musgo y helecho.

Gulliver gigante va por los caminos...
Mientras se entristecen en la sala oscura
Las telas borrosas de los gobelinos
Y el piano que sueña con la partitura...

Y hay una sonrisa de oro en los prados,
De duración breve como la inocencia,
Y se hunde el divino sol de los venados
En el valle ameno de la adolescencia!

Oyendo a Cecilia Chaminade

Cuanto embarga nuestras vidas
La "kittara" de un Omeya!...
Suenan fuentes escondidas...
Canta pálida Sobeya...
Hay arábigos primores
De diamantes y zequíes...
Carnavales y dolores...
La Kermesse en que sonríes...
Ya verás unir las manos
A una cándida Oración,
O hallarás bailes silvanos
Al poder de la ilusión.
Y tu pecho se deshaz
Al sentir que es el amor
La palmera de la Paz
En la arena del Dolor!...
También con ella gustamos
Las armonías de Bach,
Y en provincias añoramos

Como Georges Rodenbach...
Vuelven almas consoladas
O suspiran por allí
Las damas desencantadas
De la obra de Lotí...
Cisnes interrogativos
Ojos negros como ausencias...
Largos ibis pensativos
En castalias transparencias...
O es Colonia, París, Lido...
Brujas, muerta de ilusión...
¿De qué Filé habrá traído
Perfumado el corazón?...
Hoy la música florida
De Cecilia Chaminade,
Me curaba de una herida
En un huerto de Bagdad!!...



Navegando

El fauno

Canta el jilguero. Pasó la racha.
Entre los mirtos resuena el hacha.

La rosa mustia se inclina loca
Sobre su fuente, cristal de roca.

El Fauno triste de lama rubia
Tiene en sus ojos gotas de lluvia.

Ofrenda de rosas

En la tumba de Arturo Borja

Recuerdo que te hallé por mi camino
Como un Verlaine aún adolescente.
Y daba el signo de un fatal destino
Tu alma de estirpe lírica y ardiente!

Y ambos fraternizamos; que tus rosas
Para todas las almas entrecabías,
Haciéndote en las horas humildosas
Dueño de todas las melancolías! . . .

Quién volviera a tus ojos, en ofrenda,
La vida humilde que suspira y canta,
Como el Rabí de manos de leyenda
Que antaño dijo a Lázaro: levanta!

Evoco el sueño juvenil de un día
Que, en el Claustro del Arte bien sentido,

Matamos la viril hipocresía
Y laboramos lentos el gemido...

Y ahora la Luna de tu sistro agreste,
Al visitar nuestro santuario frío,
Da su color de lágrima celeste
En el cristal de tu crisol vacío...

Adiós, fuente perenne de quebranto
Que volvías un Fénix mi rosal,
Encantando las rosas sin encanto
Cuando el encanto huía con el mal!...

Adiós, fuente de lágrimas cantoras
Que halagaron el viaje juvenil;
De la angustia de Abril refrescadoras
Como lluvias caídas en Abril!...

Duerme y reposa; que quizás es bueno
Sólo el sueño sin sueño en que caíste,
La flor de espino y el laurel heleno
Entremezclados en tu frente triste.

Pensieroso

Hay flores que resaltan en la grama
De los templos caídos, tristemente
Como surge en el fondo de la mente
Un recuerdo que nunca se embalsama...

Una amapola roja que recama
Las olas del trigal, navega ardiente
A plena luz: alma de adolescente
Que los días marchitan con su llama!

La liana que muestra cariñosa
Su abrazo pasionario de la fosa
Me brinda evocaciones: de mi vida!

Y emblemática y triste en mil regiones
Ví una flor que del hálito impelida
Fuga en el viento como las canciones...

Del mes de María

La tarde era jazmines
O un sueño de begonia,
Y evocaba las jardines
Colgantes de Babilonia...

La campana dolora
Que esparce golondrinas,
Borró esa soñadora
Visión de bailarinas.
La iglesia rusticana
Tenía el aire denso
Y una dulzura arcana
Las hijas del incienso.
Y niños de un cuento de Perrault, allí
Cantaban la gracia de la Mere Marie.
Florece en rosas su canto infantil
Uniendo al melodio su salmo de Abril.
Y esperé la salida, soñando en un rondel
Que dar a los cabellos que son color de miel.....

Pasaba la Fortuna
Con sus floridas huellas,
Seguida de Pierrot,
Y se bañó de luna
Y lágrimas de estrellas
La iglesia de Corot.



Mañana de Noviembre, desteñida
 Como los lienzos viejos,
Con su cielo lluvioso, sus campanas
 De toque plañidero
Lo mismo que otros años, buena para
 Lorar nuestros recuerdos...
Mañana de noviembre, desteñida
 Como los lienzos viejos!...

Sinfonía pastoral

Por el camino llora una flauta elegíaca...
La tarde tiene el síncope de una mujer cardíaca!...

Arrastran la hojarasca los vientos juguetones
Y trinan en los surcos millares de gorriones...

Tristeza

**Los átomos de oro que arrastra el torbellino
No te dieron la angustia sedienta del camino**

**Ahora, ni los sauces de ramas abatidas,
Sino todas las cosas soñadas y perdidas! . . .**

Navegando

Son las tardes de zafiro
Que idealiza el plenilunio,
Hermosas tardes de Junio
De hálito como un suspiro!

Tan azules que en las sumas
Claridades de los cielos,
Son los montes terciopelos
Suspendidos de las brumas.

Y el Poniente todo brillo
Se desangra en amapolas,
Propicio a las barcarolas
Como un Otoño amarillo...

Pensativo en mis ayeres
Muchas veces, como antes
He buscado esos instantes
En la barca de Citeres.

Más de esa época florida
Sólo queda la tristeza
Que deshoja la Belleza
En la copa de mi vida.

Primavera

Regresa la Primavera
Con los sombreros floridos,
La música de los nidos
Y los potros de carrera.

La pincelada cobarde
Diluye por la mañana
Un suave tono de grana
Que palidece a la tarde.

Y aunque los valles risueños
Me finguen un Eldorado,
Mis flores sólo han brotado
En la losa de los sueños...

Bibliófilo de Fortuny,
Me cansé de mis lecturas...
Benedictino de Cluny,
Dí un adiós a mis venturas...

Pero tú, como otro día,
Como en otras Primaveras,
Princesa Melancolía,
Haz de mí lo que tú quieras!...

La náyade

Me creía orgulloso
Y un corazón muy seco,
Viviendo en mis dominios
Como un hidalgo tétrico.
Juzgaba que mi gusto
Fragante a tomilleros,
Era matar la corza
Batida por los perros.
Y al deshojar un día
Las rosas del Deseo,
Bañando las distancias
En luces de oro viejo,
La sorprendí en un claro
Que hacían los enebros
Y entre las rubias frondas
Los céfiros traviosos
Mezclaban el columpio
De un Fragonard de ensueño...

Yo la llamaba Náyade
por sus marfiles griegos
Y por su talle lánguido
Como los juncos tiernos.
Me sonrió unas veces
Con un silvestre miedo,
Como la sensitiva
Que va a plegar sus pétalos;
Más ay! no era un espíritu
De encadenar con besos:
Temía despertarme
Pues se que siempre sueño.
Y al fin, un dulce día
Se hundió en el lago eterno,
Dejando entre mis manos
Los círculos concéntricos...
Y fuimos desgraciados
Y siempre lo seremos.

Los alquimistas

En un siglo apartado se quería
Trocar en oro puro los metales
Así como el poeta que sus males
Transmuta en oro de melancolía...

Averroes guardó la luz de un día
Enterrada con ánimos iguales,
Y hubo los alquimistas orientales
Y magos de más gusto y fantasía.

Así, amigos, si el mundo nos da pena
Podemos justamente sonreirnos
De una cábala tal que nos asombra.

La vida sólo es una cadena
De experiencias triviales hasta hundirnos
En el laboratorio de la Sombra...

Fantasia desobligante

El paredón ruinoso
Que encierra el monasterio,
Ostenta un angustioso
Blancor de cementerio,
Delante de la alcoba
Que yo habité algún tiempo;
Allí tuve en la trova
Un tétrico entretiempos,
Y hasta el albor primero
En alta noche, a dúos
Oía el agorero
Chillido de los buhos.

El espejo soñaba
Su antigua pesadilla:
La luna derramaba
Su tristeza amarilla

En la calleja pálida;
Y arrastrando su hastío
Mi alma iba hasta la cálida
Canción que, en lo sombrío
Del parque, clareaba
La fontana amarilla...

El espejo soñaba
Su antigua pesadilla.

La campanada lenta
De la iglesia vetusta,
Golpea soñolienta
Con agria voz robusta
El penoso silencio,
Y tiemblan las oscuras
Ventanas que presencio
Trocarse en sepulturas,
Donde la luna orea
Geranios de flor mustia...

La campana golpea
Con monótona angustia.

El reloj de mi estancia
Martillaba en la sombra
Con áspera constancia...
Yo corrí por la alfombra
Levantándolo en brazos
Y lo estrellé sonoro,
Y al saltar en pedazos
Del viejo marco de oro
La pesadilla blanca,
Dejó una oscura fosa
Que difundió una franca
Respiración terrosa...



Esmeralda

Como un libro guarda una florecita
He guardado siempre mi alma marchita....
Qué pena
Tener una pena que nada nos quita!

Tú dices, gitana, la buenaventura
Al triste que aún sueña con dicha futura...
Qué falso!
La pena nos mata y en otros perdura..

Así, reclinada sobre los cojines,
Eres simple y buena como los jazmines...
Si cantas...
Que giman, tziganos, los vuestros violines.

Te oiremos la copla de antiguos resabios
Que dice verdades, verdades de sabios.....
Te oiremos
La copla que llena de sangre los labios...

La copla que dice, preciosa gitana,
Del dulce Eldorado de la vida humana
Y es triste,
Pues está en un valle de estrella lontana!...

La estrella del amor

Mañana. En el paisaje
Fronroso de Corot,
Descansa el agua eglógica
De cristalino son
Que al duplicar la amada
Seduca el corazón.
Resbala la serpiente
En el calor del sol
Y el ave del Paraíso
Rompe el silencio en flor.

El alma del paisaje
Dice que atardeció,
El aire es una angustia
Que oprime el corazón.
La Musa oye en la tarde
No sé qué triste son,
Que distraída arranca
Su do, re, mi, fa, sol,
Y cae de los cielos
La estrella del Amor.

El otoño de los silfos

Las voces humanas de las mandolinas
Llenan de dulzura la tarde otoñal,
Y el alma suspira mirando sus ruinas
En la melancólica lucha mundanal.

Mientras Amarilis morir desearía
Pierrot busca, enfermo de Ocasos en flor,
La tarde que dora la melancolía
Y las notas últimas que da el ruiseñor...

Los silfos se alejan del Watteau doliente
Llevando el cadáver de Otoño... allá al fin
Hay tanta nostalgia que finge la fuente
El alma llorosa del mustio jardín.

Pascua de Resurrección

Oh, lágrimas cantoras de las campanas viejas
Que tocan y repican lo mismo que en sus quejas!...
Campanas poeanas
Que lloran y que ríen,
Campanas dannuzianas
Que con Grieg sonrían
Y que con Verlaine lloran,
Y hacen vibrar a vuelo
La copa azul del cielo,
Y todas conmemoran
La Pascua milagrosa de la Resurrección
Y todas dán y dán
Su enloquecido son
Como el millar de bronces de la ciudad de Iván.

Los templos bizantinos y las iglesias góticas
Que mueve en sus columnas el órgano severo.
Voltean repicando metálicas, despóticas,
Sus lágrimas de acero
Sobre mi corazón,
Y dilatando van
Fragancias de Sarón
Que aroman el suspiro de rosas de pasión...
Dín, dán,
dín, dón,
En la mañana florida como el estilo de Ossian...

Dilucidaciones

Quizás la bondad única que recibí del Orbe
Es la de ver muy claro mi propia pequeñez.
El Ocaso de mi alma ni una mirada absorbe,
Ni una mejilla fresca baña de palidez.

Desvaneci6se el ansia de la sabiduría
Desde que me visitan la Noche y el Dolor.
Yo no creo que un sabio pueda con su alegría
Borrar la certidumbre de un simple trovador.

Y todo lo que ahora conozco de la vida
Es que me encuentro triste de ser y de pensar...
Mi Musa es una sombra que guía mi partida
Con la fatal ceguera de una ola de la mar.

¿Qué escrutas, alma mía, en esta eterna esfera
Si fuera de tí misma no tienes qué perder?
¿Por qué tornas los ojos, insólita viajera,
Si el llanto que tenías ya no te ha de volver?

Mis viejas ambiciones durmieron incoloras,
Mis sencillos afectos y mis odios también;
Y lejos de la playa de creencias sonoras
No sé mentir consuelos, ni quiero que me den.

Queda entre los recuerdos mi juventud amada
Que no ha de acompañarme con la desilusión.
No quiero buscar glorias ni quiero buscar nada,
Porque en cualquiera senda me pesa el corazón!

Me han familiarizado los días de fastidio
Con la idea rosada de tener que morir...
Yo no tengo Pegasos... Voy cansado al Excidio,
Y no cantaré nunca la dicha de vivir!

Romance de nostalgia

De vuelta a la tierra virgen
En una de esas mañanas
En que suspiran apenas
Las adormecidas auras:
Tiempo tibio y vaporoso
Que hace esfumar las montañas
Con lejanías de ensueño
Y algún dolor de campanas...
Cuando el vuelo del recuerdo
Tiene alas de nostalgia
Y el ánimo se recrea
En los pájaros que cantan
En una como sordina
De tristezas resignadas;
Obediente como un niño
Que el facultativo engaña,
He paseado en las sendas
Antiguas, entre las granjas
Separadas por barreras
De clemátides. Las aguas

Alegres de los molinos
Donde el sol miente esmeraldas;
Las construcciones ocultas
En frondosidades vagas;
El murmullo de los campos;
La fatiga de las garzas;
El canto de algún pastor,
Los mil detalles del aria
Con que la Naturaleza
Sonríe en una mañana,
Desvanecían mi espíritu
Como una triste cantata.
Y entre los sauces llorones
Y las espesuras glaucas
Yo paseaba transido
Como en un valle del alma,
Por respirar el perfume
De una florida esperanza.

Tu cabellera

Tu cabellera tiene más años que mi pena,
Pero sus ondas negras aún no han hecho espuma! . . .
Y tu mirada es buena para quitar la bruma
Y tu palabra es música que al corazón serena.

Tu mano fina y larga de Belkis, me enajena
Como un libro de versos de una elegancia suma.
La magia de tu nombre como una flor perfuma
Y tu brazo es un brazo de lira o de sirena.

Tienes una apacible blancura de camelia,
Ese color tan tuyo que me recuerda a Ofelia,
La princesa romántica en el poema inglés.

Y a tu corazón de oro . . . de la melancolía
La mano del bohemio permite, amiga mía,
Que arroje algunas flores humildes a tus pies.

Capricho

Fue en un día de aquellos en que la Muerte ceda
Con el acento triste de un piano nocturnal
Que una esperanza pobre me hizo romper la esquila
De eterna despedida que dediqué a mi mal...

Los pedazos negreaban cayendo en la candela
Que apagaba en mi alcoba su suspiro final,
Mientras lloraba el agua su lenta cantinela
En las emparejadas ventanas de cristal.

Lejos de la alameda nostálgica, emergía
La torre, como un grito de angustia que moría
En las opacidades de la llovizna fría.

Y era el sonido trémulo con que rodaba un coche,
Un plañir que aumentaba mi vieja hipocondría
Rasgando las espesas tenebras de la noche...

Marina

Porque el mar es una visión salobre
Que se hermana muy bien con mi tristeza,
Me ocasiona una larga languidez
Mirándole besar la playa pobre.

Mejor es no desear!... Reclino sobre
un cantil de la roca mi cabeza
Y algún pensar de mi alma que bosteza
Muere en el viento sobre el mar de cobre...

Y vuelvo al mundo cuando muere el día,
Sintiendo por el alma de las cosas
Un amor hondo que es melancolía.

Pues es tan dulce y a la par tan cuerdo
Oír a las Nereidas bulliciosas
Como un náufrago triste del Recuerdo...

Hojas secas

Yo tuve en provincias
Las tardes celestes
Que doran las notas
Del pífano tenue,
Mientras Afrodita
Se baña en la fuente
Y bailan la ronda
Los elfos alegres.

Encontré en las liras
Sensaciones fuertes,
Idilios monstruosos
Entre las vertientes,
Busqué la Quimera
Y tuve lebreles
Y el vino de Naxos
Bebí hasta las heces.

Con el amor puro
Que el ángel enciende
Amé las ojivas,

Los templos solemnes
De donde la virgen
Eleva sus preces,
Y creí que la gloria
Brillaba en mi frente.

Y fui un Bayardo
Leal con los fieles
Y con los piratas,
Venciendo unas veces
Algunas herido,
Y llevando siempre
Cargadas de rimas
Mis naves dolientes.

Mas tuve en los sílex
Temor de la suerte,
Cogiendo miosotys
Cariñosamente
Con una infantita
De manos de nieve
Y de ojos risueños
Que atraen al duende...

Y tuve en los valles
Los atardeceres
Que incendian de oro
Las iras de Némesis:
Los dioses de Wagner
Allí se divierten
Quemando las flores
De todas las frentes.

También cogí espinas
A cambio de bienes,

Quedando tan solo,
Que así me comprenden
Los que ven el mundo
Como el triste Werther
O los que han sufrido
Con las penas de Heine...

Con las hojas secas
Del turbio Setiembre
A veces a solas
Suspiro a Selene;
Nada me ha pasado
Me digo otras veces...
Dolor y abulia
Me llenan la frente.

Los vientos del Otoño
Barrieron la hojarasca
Y las primeras lluvias
Enturbian las distancias.

De nuevo, grandes fríos
Se anuncian para el alma...
Tristísima estación
Propicia a las nostalgias!

Como en un sueño turbio
Se afina la mirada,
Para entrever las cosas
Queridas y lejanas.

Las campanas de la sierra

Iba anocheciendo y Otoño gemía.
Sobre las montañas azules lucía
La luz hechicera de un mundo mejor.
Cerré las ventanas al astro radiante
Y desde la aldea del valle distante
Llamaron campanas de dulce langor...
.....

¿A quién dán y dán su cálida cita...?
¿Será la alegría la que las agita
O alguna amargura como otra ocasión?.....
Sus voces oía borrosas, dudosas,
Y abrí las ventanas al huerto, a las rosas...
Y toda la noche me entró al corazón.

Sueño interrumpido

Por el campo evangélico se extiende
La pálida dulzura vespertina
Y he querido pasear por la colina
Con una alma que me ama y me comprende

Al mirar el lucero que se enciende
Místicamente puro en la neblina,
He pensado en la gracia matutina
Que en los ojos del niño nos sorprende.

Líricas pastorales de otro día
Cuando volver el Buen Pastor fingía
Con algún corderillo en orfandad! . . .

Hoy, extasiado en su divina calma,
He venido a sentir la soledad
Del corazón en la orfandad del alma!

Epílogo

Ah, si no fueran mis horas
Doloras,
Ni fueran melancolías
Mis días,
En este valle florido
De olvido
Donde el agua con sonido
Da voz alegre al paisaje,
Tuviera un Edén salvaje
Como el Príncipe Querido!

Aunque en la edad de Fantasio
Espacio
Va uno por los dolores
Mayores,
Como el Hamlet shaspiriano
En vano
Interrogaba al arcano,
Y solo como René
Pasaba el tiempo que fué
Indiferente a lo humano.



Y mi juventud amada
Pasada
Será cuando avive el seso,
Por eso
Cuando la razón se agita
Contrita
Como en el alma marchita
Del pobre Quijote ardiente,
Ya serviré solamente
Para la arquera maldita.

Saben las melíferas aves,
Lo sabes
Tú, niña Melancolía,
Que un día
Lleno de sol y de rosas
Preciosas
Quisiera cambiar en rosas
La sinrazón de mi vida,
Para aromar ultravida
De pasionarias llorosas.

Oh, mundo tus mil detalles,
Tus valles,
Tus delicias que idolatra
Cleopatra,
Tu amor que a la vida triste
Resiste! . . .
Como a Leopardi me diste
Quintaesenciado el Nepente
Que hacía vibrar mi mente
Como una dulzaina triste.

Juguete de la Fortuna,
La luna

Me ha visto, y como Rosalba
El alba,
Buscando rondó y rondel
Cruel.
Perdóname, lector fiel,
Que un hora me resolviera
A salir con la Quimera
Por los campos de Montiel.

INDICE

	Pág.
Prólogo	7
Carta	15
La tarde muerta	17
Rondó galante	20
Balada de la noche	21
Thulé	23
Las copas del estío	24
Sueño de arte	25
A Clori	26
Romance de cacería	27
Hoja de álbum	29
La tristeza del ángelus	32
Por el estanque de los nenúfares	33
Mariposas de oro y nieve	35
Ojival	36
Pensamiento	38
Brisa heroica	39
Nuestra señora la luna	41
Retorno	43
Fantasia en tono menor	44
Los niños	45
Oyendo a Cecilia Chaminade	47
El fauno	49

Ofrenda de rosas	50
Penseroso	52
Del mes de María	53
Mañana de noviembre	54
Sinfonía pastoral	55
Tristeza	56
Navegando	57
Primavera	58
La náyade	59
Los alquimistas	61
Fantasia desobligante	62
Esmeralda	64
La estrella del amor	65
El otoño de los silfos	66
Pascua de Resurrección	67
Dilucidaciones	68
Romance de nostalgia	70
Tu cabellera	72
Capricho	73
Marina	74
Hojas secas	75
Los vientos del otoño	78
Las campanas de la sierra	79
Sueño interrumpido	90
Epílogo	81
Índice	85
Colofón	87

**Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de la
Casa de la Cultura Ecuatoriana
el día 20 de Enero de 1950.**

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

